

de los logros más notables de las Administraciones de Estados Unidos y Europa consiste en no presentar la crisis como una lucha contra todo el mundo musulmán, sino con determinados grupos dentro de éste.

*—Hemos hablado del problema de la identidad y de alguno de sus mecanismos en el orden internacional. En esta línea, quiero preguntarle por la tirantez que se establece entre la idea nacionalista, con su exaltación de mitos y símbolos comunes, y las corrientes globalizadoras y cosmopolitas, basadas en un sistema de convivencia multicultural, sin fronteras político-económicas.*

—Por cuanto hace a ese proceso de globalización, estoy en desacuerdo con quienes le atribuyen toda suerte de males y desgracias. En líneas generales, creo que ha inspirado efectos beneficiosos. Hay, bien es verdad, una triste consecuencia inmediata, dado que los países más avanzados han logrado obtener provecho antes que los países más pobres, lo cual ha ensanchado momentáneamente sus diferencias. A pesar de ello, el resultado a largo plazo será más alentador y favorecerá a quienes hoy padecen el subdesarrollo. Como es lógico, algo que debe suceder es que Occidente piense en maneras de reducir esa desigualdad, para que la globalización no sólo sea eficaz, sino también justa.

En lo que al nacionalismo se refiere, comenzaré por indicar que tiene un anverso y un reverso, dado que se trata de una fuerza susceptible de grandes virtudes y también de empeños muy nocivos. La cuestión, evidentemente, es inevitable, ya que los sentimientos nacionalistas nos van a acompañar siempre. En su faceta positiva, el nacionalismo es un impulso que dinamiza a los pueblos, proporcionándoles coraje y lazos de unidad. Pero al mismo tiempo, cuando va dirigido en contra de los otros, de los diferentes, puede resultar un sentimiento muy peligroso. Recuérdese, por poner un caso, lo sucedido en la antigua Yugoslavia. Es cierto que, enmarcada en el actual proceso de globalización económica y política, la idea nacionalista pierde importancia por un motivo elemental: el empuje globalizador implica cooperación o, cuando menos, colaboración, y eso rompe necesariamente el aislamiento de los pueblos.

Un ejemplo práctico de lo que vengo señalando lo hallamos en la actitud de los Estados Unidos tras los atentados integristas. Si la masacre del 11 de septiembre hubiera tenido lugar hace veinte años, la reacción norteamericana hubiese adoptado un sesgo nacionalista muy acusado. En contraste, hoy esa cualidad se atenúa en beneficio de planteamientos transnacionales, en parte a causa de esa red de relaciones —no sólo financieras— tejida a lo largo de las últimas décadas.

*—Por desgracia, lo que en otras circunstancias hubiera permitido formalizar la pauta de la guerra de acuerdo a un modelo teórico bien conocido, esta vez nos aboca al desconcierto y la especulación, más allá de la rutina historicista que suele nutrir los manuales de estrategia. No obstante, pese a la novedad de los elementos en juego, cabe interrogarse por la supuesta inevitabilidad de este tipo de conflictos.*

—Ciertamente, hay situaciones terribles que se prolongan a lo largo de las décadas y que tardan mucho en atenuarse o desaparecer. No faltan muestras de ello en la historia del siglo XX. Véase el ejemplo del Ulster, cuyo conflicto se remonta, cuando menos, a 1914. En el caso de la Guerra Civil española, la inevitabilidad no es el término más adecuado; no obstante, existían altas probabilidades de que estallase un conflicto bélico. Desde el punto de vista del historiador, situaciones empujadas por fuerzas muy generales pueden sortearse de muchas maneras distintas. Ciñéndonos a la tragedia española, podemos conjeturar que si no hubieran ocurrido sucesos como el asesinato de Calvo Sotelo o la destitución de Alcalá Zamora, es admisible que las fuerzas armadas no hubiesen conseguido ese grado de unanimidad a la hora de promover un alzamiento tan poderoso. Por eso cabe pensar que la combinación de factores hilvanada en aquel momento fue el factor decisivo para que la guerra se desencadenara, como el resultado de problemas internos y también de un ambiente de crispación internacional, fomentado por ideologías contrapuestas, muy dinámicas. De cualquier forma, todo ello es cosa del pasado, y la cuestión que estamos intentando comprender es si estos conflictos ideológicos de la primera mitad del siglo XX van a ser reemplazados por conflictos de orden religioso y cultural, en la línea propuesta por Huntington y antes discutida por mí. Decididamente, con los recientes atentados nos movemos en el ámbito de una terrible calamidad, pero quizá estamos exagerando al hablar de la primera guerra del siglo XXI.

*—Lo paradójico de los recientes atentados es que provocan el miedo y la inestabilidad justo en el momento en que nuestra sociedad parece más afirmada en la impresión de progreso y democracia. De pronto, parecían haber quedado atrás los violentos contraluces del siglo XX, un periodo del que no hemos hablado apenas, y al cual usted denomina “la época de los extremos”, puesto que en él han coexistido lo mejor y lo peor de la historia de la humanidad.*

—Por lo pronto, enumerar los principales acaecimientos del pasado siglo nos permite comprobar cómo éste se divide en dos periodos bien distintos,

al menos en lo que toca a Occidente. Mientras que su primera mitad concentra los peores desastres imaginables, la segunda etapa tiende a identificarse con los valores más dignos del progreso. No olvidemos, como hecho esencial, la victoria de los aliados sobre los nazis, que impidió el dominio del hitlerismo en el Viejo Continente. De lo contrario, hubiéramos heredado un mundo indeseable, mucho peor que el actual.

En ese itinerario tan propicio, quiero destacar factores como el desarrollo económico y, más en concreto, la democratización, cuyo impulso ha favorecido que cada persona tenga una porción del poder del Estado. Y es que a lo largo del siglo XX hubo una revalorización de los ciudadanos comunes y de su papel político, lo cual ha incrementado la posibilidad de que éstos desarrollen sus potencialidades. Como es imaginable, esto último no hubiera sido una realidad sin la expansión del sistema educativo y sin la mejora de las relaciones laborales y de los derechos de protección social.

Es grato observar consecuencias más particulares de ese proceso. Por ejemplo, la mujer ha sido una gran beneficiaria de todos estos cambios, gracias a los cuales se ha liberado de viejas cadenas, incluso en el mundo islámico. También es de muy fácil cotejo la disminución del pensamiento racista, sobre todo tras la derrota del nazismo. Y aunque de cuando en cuando nos llenan de espanto maniobras de limpieza étnica como las de la antigua Yugoslavia, es razonable creer que un personaje como Martin Luther King no hubiera sido posible en el siglo XIX.

No obstante, cabe un matiz, y si bien el siglo XX queda descrito con trazos muy positivos en el párrafo anterior, he de añadir que muy pocas veces los grandes cambios tienen un efecto unidireccional. Así, este florecimiento de los avances tecnológicos abarca dos argumentos contradictorios: el alivio de las precariedades vitales y el refuerzo del poder destructivo. De igual forma, la economía de la sociedad de consumo, necesaria para desplegar nuestras actividades, también ha permitido un aumento excesivo del hedonismo. Por lo demás, esta complejidad moral es propia de la naturaleza humana.

Sin duda, ese perfil doble y contrapuesto atañe a muchos procesos de la historia. Tomemos el caso del comunismo real, negativo en sus efectos generales pero animado por algunos aspectos positivos. De hecho, aunque ha perdido su dinamismo y atractivo, esta fórmula no se ha colapsado del todo –continúa vigente en países como China y Vietnam– y además posee una dimensión inesperada, pues en los tiempos de la Guerra Fría forzó a sus enemigos capitalistas a potenciar actuaciones como el Plan Marshall y esquemas como el Estado del bienestar, diseñados cautelosamente para atenuar o disminuir el atractivo del comunismo entre las clases más humildes.

Claro que, una vez repasado ese argumento, surgen figuras tan monstruosas como Stalin o tan patéticas como Brézhnev, que desvirtúan muy gravemente el proceso. Con todo, es posible que Nikita Jruschov fuese la gran oportunidad perdida, pues de haber podido desarrollar su política de liberalización, quizá hubiera logrado cambiar el modelo comunista antes de aquel colapso que sorprendió a todos los politólogos.

*—Para concluir en el ámbito de su especialidad, hábleme de la nueva posición de España en el mundo y de cómo puede afectarle la nueva lógica que se abre paso desde el 11 de septiembre en las relaciones internacionales.*

—La imagen exterior de España ha evolucionado de un modo increíble. Hace cuatro décadas, cuando vine a visitarla por primera vez, ninguno de mis colegas estadounidenses acertaba a entender la razón por la que me había convertido en hispanista. En la actualidad, esa perplejidad ha dado un vuelco, y son muchos los que declaran su entusiasmo por lo español y su deseo de viajar por este país. Dentro de la anécdota, lo anterior quiere significar una actitud favorable hacia España, muy revalorizada internacionalmente desde la muerte de Franco. Claro está que, pese a tal reconocimiento de sus rasgos admirables, todavía no tiene el mismo peso que Francia e Inglaterra.

Ya en esta línea de avances, quizá los acontecimientos de las últimas semanas permitan que se dé una mayor sensibilidad internacional hacia el problema terrorista. En este sentido, es probable que la tragedia de Nueva York incite a los europeos a distinguir con claridad que ETA no es un grupo nacionalista común, sino una organización antidemocrática, dictatorial, cuya violencia es de todo punto injustificable. A diferencia de los irlandeses, que han sufrido la opresión inglesa de forma brutal y que pueden ofrecer razones para el momento tan difícil que se vive en el Ulster, los terroristas vascos carecen de argumentos, a no ser de un orden histórico muy lejano. Diré más: la Guerra Civil y la dictadura franquista fueron sufridas por la población vasca, pero también por los españoles en su conjunto. Asimismo me parece loable la actitud tomada por la democracia española desde la muerte de Franco, pues ha sido muy comprensiva con el País Vasco.

Una buena definición del problema la dio hace unos años el dibujante “El Roto”, mediante una viñeta en la cual aparecía una pistola recién disparada, con el lema “ETA es una pistola que se nombra Estado”. Un Estado que, al fin y al cabo, se basaría en la fuerza y en la intimidación. De esta cuali-

dad parecen darse cuenta los mismos vascos, y creo que la catástrofe del 11 de septiembre va a sensibilizar a quienes se han mostrado neutrales o indiferentes ante el espanto que puede originar el terrorismo. De hecho, cada vez hay menos vascos que defienden la postura de ETA, y cada vez son más quienes comprueban que es un enemigo. Lamentablemente, como ha quedado de manifiesto con el proceso irlandés, aún más longevo, este tipo de situaciones requieren tiempo para que se alcance una solución.



Xul Solar: *Retrato Sagitaria*. Témpera (1951)